CPHEP 2026 A.P



EL FACTOR QUE NO SE VE

Por Carlos Enrique Freyre Zamudio

Hasta el menos cultivado de los peruanos que escucha el término VRAE o VRAEM, sobreentiende que se trata de un páramo de riesgos. Quizás el último lugar a elegir para un plan de turismo familiar. De vez en cuando, las noticias del Valle de los ríos Apurímac, Ene y Mantaro salpican los medios de comunicación capitalinos anunciando la pompa de una tragedia, el aporte del estado con sus políticas de acción cívica o dando a luz la opinión de algún gurú sobre las estadísticas de la pobreza y el análisis de los últimos enfrentamientos entre terroristas y fuerzas del orden.

Pero en la era de la información, hasta las noticias más relevantes tienen la corta vida de un insecto alado. El VRAEM desaparece con su problema treintañero y da paso a los dimes y diretes de las estrellas de la angurrienta farándula peruana que ventila con denuedo sus miserias, a los reiterativos incendios de la vela prendida en una casa de cartón y a la crónica roja en sus diversas especies, se trate de sicarios, marcas o los atropellos de la marca registrada Orión con un chofer de noventa y cuatro papeletas, de las cuales sesenta y tres eran por infracciones muy graves.

Esto genera una alternancia extraña: el peligro, la muerte, la belleza de los paisajes naturales, los discursos, la pobreza, las ingentes cantidades de dinero proveniente del narcotráfico, las tesis, los estudios, los artículos periodísticos. El VRAEM no deja de ser un tema, eso sí. De ambos lados de la cuerda, unos tiran y nadie afloja. Para quienes finalmente asumen la responsabilidad, la guerra es un gigantesco árbol de muchas ramas que a veces no permite observar el espacio que los rodea. En alguna parte de los intrincados parajes donde la selva alta se entrevera con la sierra de breñas, algunos planean matar y otros como no dejarse matar. Un "pocero" deposita sus pies en una poza de maceración, sin saber que días después, en una calle de Lima, Buenos Aires o Río de Janeiro un muchacho de menos de diecisiete años tomará una pistola y dará un par de tiros a un transeúnte a cambio obtener un bien ajeno que le permitirá adquirir aquel estupefaciente que salió de sus pies. El transeúnte era padre de tres hijos, tenía un trabajo, amigos, un pasado y un porvenir. El muchacho que le disparó será perseguido por un pelotón de agentes de seguridad, mientras que un reportero de crónica roja hará guardia en una comisaría a la espera de una primicia que lleve a una redacción y sirva para llevarse un sueldo quincenal, con la espada de Damocles siempre cercana a su cuello de practicante, pues se necesita eso, la noticia, el morbo de la condición humana colgada en la web o en la tinta de colores de un papel.

El muchacho será capturado por un agente que pedirá un ascenso por acción distinguida y tendrá unos minutos en televisión (minutos que siempre le son negados a las buenas noticias que si existen) y será esposado, empujado y acosado por un micrófono, unas cámaras de mano y dirá de manera reiterativa, y con mucha convicción: "Yo no fui, yo no fui, yo no fui". Y en parte, no deja de tener razón.

EL CÍRCULO DE LA TIERRA Y EL AIRE



Soldados del Ejército patrullando en el VRAEM

Si la relación entre un habitante de una cuenca cocalera y un periodista de Buenos Aires es así de indirecta y relevante, entonces en el valle esa relación es directa y tanto o más de relevante. Y cosa curiosa; la pobreza persiste como un mal endémico, como las alimañas que se resisten a los insecticidas. Se deja de ver en la dentadura de los niños, en color pelirrojo de sus cabellos, en las tasas de mortalidad infantil, en los niveles de desempleo o el propio subempleo. Puede ser que el dinero sea tanto que sea imposible de gastar en lugares donde apenas se puede encontrar una lata de atún de calidad. La inopia claramente es la marca registrada de callejuelas, trochas, puertos y bosques.

Nos vamos a la tierra. Los estudios y la realidad no se contradicen y no me voy a esmerar en difundir las cifras de producción de hoja de coca y sus alucinantes derivados. Tampoco voy a incidir en las dificultades geográficas y las carencias locales, que muchos las imaginan y que casualmente hoy las vivo. Voy a acercarme al hombre del campo, al cocalero. El cocalero abiertamente tala el monte y crea un espacio para sembrar la hoja sagrada. Esa acción probablemente fue aprendida de sus padres o de la sociedad que pertenece. El cocalero sabe perfectamente que al cosechar y secar la coca, se deshará de ella. Sea para el mercado lègal, quizás, o para el ilegal; también quizás.

Por tanto, no es delito. No se siente parte de un delito. De repente el campesino se debe sentir como el que imprime Biblias sin la intención que unos drogadictos arranquen unas cuantas hojas de los Salmos y el libro de los Proverbios para ejercer el acto de su consumo diario. Los hijos de los campesinos que cultivan hoja de coca no consumen drogas. Cosa curiosa: no hay drogadictos en el VRAEM. No hay casas de regeneración, ni adictos subiéndose a los botes que surcan los ríos para vender caramelos en la búsqueda de la salvación o la manutención de sus casas de recuperación, ni oficinas de CEDRO. No serán adictos tampoco; los hijos de los sembradores de coca, sembrarán coca también, porque así ha sido y así será.

Y la relación con la tierra se prolonga en el aire. Unos valientísimos pilotos (que ya quisieran muchas fuerzas aéreas tener), cruzan los Andes en ala fija y descienden en picada sobre una pista de aterrizaje improvisada. La pista tiene apenas las medidas ideales y requiere de muchos brazos o maquinaria para ser habilitada. Nadie que se sepa, participa. Nadie ha sido capaz de ver a más de medio centenar de personas abriendo la pista.

Lo cierto es que las avionetas demoran menos de cinco minutos en dejar una carga y llevarse otra. La que traen en billetes no se cuenta, se pesa y la que se llevan irán a provocar otra tragedia en el seno de una familia que ellos no conocerán nunca.

Cuando de vez en cuando, una acción afortunada hace que las pistas sean destruidas o inutilizadas, la sensación de tristeza se generaliza. He oído a una campesina decir: "pobre gente, con tanto esfuerzo que hacen su pista, para que vengan los soldados y le pongan dinamita". La miro a los ojos, veo la sinceridad de sus palabras; hay algo malo y no-malo en la llegada de las avionetas. Igual que cuando en una ciudad el ciudadano se pasa la luz roja, el chofer de la combi recoge pasajeros a mitad de una cuadra u ofrece una coima a un policía. La campesina simplemente me ha dado otra versión de aquella vieja regla del maquiavelismo que no pasará nunca al desván del desuso: el fin justifica los medios.

EL FACTOR QUE NO SE VE

El Estado ha comprendido que es necesario mover su inmensa mole hacia el VRAEM para disminuir la violencia que producen el terrorismo y el narcotráfico y su simbiosis. Una serie de funcionarios gubernamentales ha tomado con ahínco la tarea de mejor las condiciones de vida de la población. Obras de electrificación, carreteras, redes de telefonía móvil, proyectos agrícolas alternativos, puentes y becas educativas. Todo suma. Entonces --la pregunta se cae de ociosa-- ¿Por qué no disminuyen las avionetas, las pistas clandestinas, la producción de droga? ¿Por qué sobrevive Sendero Luminoso con su ideario abstruso e impracticable? Aquí está el factor que no se ve: la mentalidad

Hace unos meses Gustavo Rodríguez, en una de sus agudas observaciones que publica en El Comercio[1], escribió sobre una calle cualquiera de Lima : "me topé con una renovadora de calzado, tres ferreterías, cuatro panaderías, tres gimnasios, un consultorio de amarres para el ser amado, diez farmacias, ocho chifas, seis hostales al paso (dos eran hostal-chifa), trece restaurantes de menú, quince puestos de comida al paso, cinco servicios técnicos para computadoras, doce tiendas de venta de celular. De esta observación –que reconozco muy sesgada– podría sacar en claro que somos una sociedad que come muchísimo, que se comunica bastante, que se da sus escapadas amatorias (a veces mientras come), que a veces se ejercita y que consume medicinas de manera escandalosa. Al no haberme topado con una sola librería, también parecería que no somos una sociedad que compra libros". Y eso que supongo que Gustavo no ha paseado últimamente por el Jirón de La Unión que es un estrépito de zapaterías y de tipos que te ofrecen tatuarte y colocarte piercings al paso, de donde deduzco también, que somos una sociedad a la que gusta tener calzado para cada ocasión y que necesitamos un poco de color, brillo y dolor en nuestra piel para ser visibles ante los demás.

Volviendo al tema, esta es la misma realidad del VRAEM. En Huamanga, la ciudad más importante del entorno y a varias horas de camino de la misma área de los valles en conflicto, no existe ningún cine, teatro regular, ni librerías (hay una, donde obviamente los libros son piratas). El empuje de la Universidad San Cristóbal de Huamanga y los múltiples esfuerzos de las autoridades propias y ajenas, apenas alcanzan para que el espectro se disipe en las fronteras de la ciudad. En las alturas de piedra o en los caminos húmedos de la selva, es un número vacío.

Si la mentalidad no trasciende a un mejor nivel, sucederá que el relativo progreso que intenta llevar el Estado, se irá perdiendo en un afán pernicioso. Por ejemplo, los sendos esfuerzos por llevar telecomunicaciones, servirán para que los narcotraficantes puedan hacer sus actividades en un radio donde las autoridades no podrán alcanzarlos. Una muestra de lo que significa un fracaso estatal en este entorno, sucedió hace medio siglo atrás, cuando Fernando Belaúnde decidió invertir en carreteras de penetración a la selva –ese fastuoso territorio sin colonizar, casi inconquistable—con lo que intentaba expandir

la frontera agrícola. Las carreteras llegaron a su punto, pero también con ellas un grupo de colombianos que midieron las capacidades de la tierra y se asentaron con sus bandas a producir cocaína, con las consecuencias que conocemos.

Este es una de los hechos que nos demuestran que el mundo siempre está poblado de buenas intenciones. No siempre las iniciativas de ensueño llegan a buen puerto. Por eso, no me cabe la menor duda que aunque los análisis y tesis sobre la "problemática del VRAEM" pudieran ser acertados, tienen la pata floja en que no hace mella ni siquiera en las raíces de lo que piensa la gente, el poblador común y corriente. Su mentalidad cotidiana.

¿Puede existir una corriente que aproxime los vehículos de la cultura al VRAEM actual? A lo mejor sí. Un hecho un poco curioso me sucedió hace varios días, cuando se acercaron a la Base Militar donde sirvo los técnicos de una empresa de telefonía. El motivo era que habían venido a instalar una antena de celular en la pequeña localidad y la población se oponía. Cuando hablé con las autoridades sobre el hecho, me manifestaron que el pueblo no estaba de acuerdo porque las antenas de celular dan cáncer. "¿Y de dónde han sacado esa idea?". De un reportaje de televisión, pues hace un par de años existe el servicio de cable, me informaron.

Es decir, que a pesar de las dificultades, el VRAEM ya no está tan lejos con antes. Las buenas intenciones y el impulso de los tiempos modernos han logrado que a trompicones los espacios se reduzcan. Mi temor, es que esa mejora sea una fantasía carente de contenidos reales; la tapa de un hueco sin fondo, y que sirva para que aquellas cosas que duelen y quitan el sueño se aproximen a más velocidad. Se podrá invertir todo el dinero del mundo para que este valle se integre al país mejorando la infraestructura y los programas sociales, pero no sé en qué presupuesto puede caber que debe invertirse en el alma de la gente. En explicarle al ciudadano del campo que él si tiene responsabilidad en el reportaje que ve en la televisión sobre los asaltos a transeúntes en una ciudad que no conoce. Que el asesinato de mucha gente tiene que ver con el vecino suyo que esconde una poza de maceración bajo la sombra de un cacahual. Que la población de los penales se incrementa conforme ellos secan y venden su coca de forma ilegal

Los ciudadanos que todavía no se idiotizan con los contenidos del día a día y que están medianamente a salvo de los tentáculos de lo banal, podrían dar el primer paso. En el Perú hay gente que da la pelea, aunque no jale cámaras ni reflectores: funda bibliotecas para niños, apuesta por publicar libros sabiendo que no se hará millonario o expone sobre temas históricos y educativos a pesar que no llenan ni la mínima parte de un estadio. El VRAEM no solo requiere de carreteras, luz, agua, teléfono, soldados y comités de autodefensa. Necesita tener un rostro, un espejo al cual mirarse de forma real y esa imagen no está en manos de quienes manejan cifras o imponen el show como tema cotidiano, sino de los que ejercen la tarea titánica de pensar, hacer y enseñar.

Limonchayocc, Ayna, Ayacucho; 19 de noviembre de 2014
Carlos Enrique Freyre

[1] Rodríguez, Gustavo. Bolichera a remos. Artículo de Opinión publicado en el diario EL Comercio el 09 de MAYO 2014

My EP Carlos Enrique Freyre Zamudio., *Egresó de la Escuela Militar de Chorrillos como integrante de la promoción "Capitán Raúl Jiménez Chávez" el año 2000 y obtuvo la Medalla Académica del Ejército en el grado "Al Mérito" y posteriormente "Distinguido". Ha realizado los cursos de Operaciones Sicológicas y Comando en la Infantería de Marina. Ha publicado dos novelas y dos libros históricos durante los últimos años. Escribió en el Valle de las Esmeraldas, ambientada en los años de la guerra no convencional contra las organizaciones terroristas*